

El día 30 de marzo se cumplen 250 años del nacimiento en Fuendetodos de Francisco de Goya. Estas páginas nos nuestro particular homenaje. En ellas descubriremos algunos rasgos de la personalidad de Goya a través de los niños, quizás las figuras mejor pintadas por él. Su propia infancia, que transcurre en tierra aragonesa entre juegos y risas, marcará su vida y obra. Es en los niños donde Goya alcanza la máxima libertad



Goya no pinta angelitos idealizados, sino niños reales que cometen travessuras o transgreden las normas como los del cartel 'El verano' o de este fragmento del fresco del 'Milagro de San Antonio de Padua'.

El nacimiento de un artista genial

Sus primeros años forjarán un carácter que quedará reflejado en toda su obra

Inés Arias

Hace ya 250 años que nació Francisco de Goya y Lucientes, pintor universal donde los haya aunque también poseedor de un marcado carácter aragonés que se forja en esta tierra con lo aprendido durante los primeros años de su existencia, vínculos que se van a reflejar en su obra y en su vida.

Es en la localidad de Fuendetodos, en la provincia de Zaragoza, en la que nace el 30 de marzo de 1746, tal y como acredita su partida de nacimiento, debido a que su padre, maestro dorador debía estar realizando un encargo en el pueblo en ese momento. Allí transcurrieron los primeros años, en los campos y eras aragonesas, entre juegos y risas.

Estos años deben de estar llenos de momentos inolvidables para él en los que, según apunta Carlos Barboza: «Allí mismo en primavera, Francisco y sus amigos tenían cometas al viento, cometas que han ido fabricando ellos mismos, en concursos de alturas, giros y volutas, piruetas en el aire». Este pequeño detalle que podría parecer insignificante a primera vista, nos da sin embargo una primera aproximación al carácter del genio, a su vivacidad, algo que le marcará de por vida como le van a marcar el recuerdo de los colores y la dureza amable del paisaje aragonés.

A estas tierras vuelve la familia cada año durante sus vacaciones cuando, siendo Francisco aún muy chico, la familia se traslada a vivir a Zaragoza, concretamente a la calle de la Moreña, número 12.

Es en una escuela cercana a su casa donde él empezará su formación cultural. Según los últimos datos recogidos por Arturo Anzón, Goya estudia en las Escuelas Pías, en el mismo colegio que podemos ver hoy en día. Allí desarrollará la energía con la que ha venido del mundo. También es allí donde va a establecer sus primeras amistades, relaciones que, como la que mantiene con Martín Zapater, fechada en 1790, en la que se cita su paso por la misma.

En cuanto a formación técnica, los escolapios le van a enseñar abecedario, deletreo, lectura, además de aritmética y otras materias. Parece ser que la gramática le fue instruida por un jesuita, el padre Fignatelli, el cual nos da el único informe que se conserva de Goya como alumno. A través de sus palabras sabemos que no fue ni mucho menos un alumno ejemplar sino que era más bien un alumno que estaba permanente-

La esencia de la vida

Es sin duda su propia infancia, sus experiencias vividas, las luces y colores que le rodearon y esta pasión por la vida lo que Goya tiene en mente cuando pinta sus cuadros. La característica que aúna todas sus obras es la libertad artística, libertad que viene dada por su personalidad viva y afanzada, una libertad que Goya utiliza para plasmar la realidad de una España que él ve con ojos ansiosos por vivir y conocer.

Se fija en cada detalle pero no se queda en ellos, la realidad que nos ha dejado en sus pinturas es la forma de entender la existencia de todo un país así como de él mismo. Tras el color de unas costumbres y tradiciones, él se interna con el pincel en la mera esencia de cada grupo social, de cada edad y sexo, cruzando la frontera de la imagen típica para revelar una vitalidad mágica. Su pintura rezuma el espíritu mismo que impregna sus cartas a Zapater, su deseo de diversión su optimismo vital.

Todas estas características de la vitalidad de su pintura adquieren su máxima expresión en la figura de los niños. Su pasión por la infancia es algo que no nos sorprende en un hombre de tan alegre carácter; ama la vida y todos sus frutos. A esto hemos de añadirle el buen



recuerdo que él mismo guarda de su infancia conservando siempre en sí algo de ese espíritu inquieto y burlesco. Los niños están siempre presentes, esenciales en la vida y en cada escena, aparecen en los frescos, en los cartones y en los lienzos.

La infancia es la expresión máxima de la libertad que tanto amó el pintor

La importancia y el papel que Goya atribuye a los niños lo vemos cuando al pintar San Antonio de la Florida coloca en el centro mismo del milagro a un chavalillo que se han sentado a horcajadas sobre la barandilla. Libre, diferente al resto del grupo, travieso, transgrediendo las reglas y saltando hacia nosotros desde el punto más importante de la secuencia. Los niños aparecen distrajidos, ajenos al milagro, a la historia oficial contada, pertenecen a un mundo que trasciende la pintura, a la libertad que Goya admiró por encima de todas las cosas. Los niños son niños pero son el mismo cuando se enfrentó a todos por pintar a su manera, saltando las reglas como el niño descrito. Goya retrata una infancia llena de curiosidad y de sonrisas, activa como en «Los gitánillos» o «La cucacha», con una pizca, si no de maldad, si de sorna y picardía: haciendo alguna travesura, enfrentado a su manera las reglas de la sociedad adulta de manera

espontánea, natural e inocente.

Los niños ocupan un lugar especialmente importante en su serie de cartones sobre las estaciones. En «El verano», aparecen niños subidos a un montón de paja, a punto mismo de caer, dando dinamismo al conjunto, ríen y son felices con una felicidad que sólo da la inocencia. «La primavera» concede tanta importancia a la niña que aparece que el carlón se ha dado a conocer como el de la niña con la flor. En «El otoño», un muchacho inquieto y ansioso trata de alcanzar un racimo de uvas mientras nos da la espalda, parece decirnos cuán poco le importa a él la presencia del pintor.

Goya no pinta angelitos imposibles de conductas immaculadas sino personas reales, sus cuadros están llenos de amor hacia ellos pero no de manera ciega e idealizada sino aceptando y comprendiendo la realidad de las pequeñas maldades de la infancia. Es esa la actitud con la que disfruta y la

que refleja en juegos infantiles. En la serie de 6 cartones compuesta por niños jugando a soldados, niños cogiendo castañas, niños jugando al balancín, niños cogiendo nidos, niños saltando a la pidiola y niños jugando a los toros, llega el pintor a captar mejor que nunca la disposición de los niños, su alegría, su inquietud, su desazón con un punto de crueldad. Niños que se rien del dolor de su compañero caído, otros que se muestran superiores por su clase social, algunos que muestran la arrogancia de los generales o peleadores con los pequeños detalles que no pasan desapercibidos para el pintor.

Retratos oficiales

Es ese afán suyo el que le lleva a pintar retratos oficiales carentes de la grandilocuencia, idealización y reverencia que otros habían empleado. Nada se escapa a la mirada socarrona de este aragonés que con ojos de niño sabe pintar a los más grandes, con la llaneza

.../...

mente distraído en clase, sólo pre ocupado por lo que el padre Fignatelli recomendaba a su padre que lo dedicase a la pintura. Esta afición por dibujar que apartaba su atención de las clases más teóricas, se ve pronto respaldada por el entorno en el que vive el pintor.

Desde niño, empezó a garabatear bajo la mirada de su padre, al que ayudaba en el taller. Con trece años comienza su aprendizaje artístico con Luzán, donde copia grabados y dibujos. Los resultados son pronto evidentes y brillantes. En el pueblo que le vio nacer realiza su primera obra pintando un armario de reliquias.

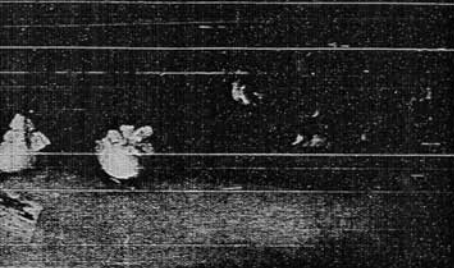
Así transcurre su infancia y primeros años de juventud, descubriendo aficiones y oficios, amistades, conocimientos y actitudes, disfrutando de todo lo que la vida pone a su alcance con una curiosidad infinita. Esta alegría por vivir se sigue desarrollando en sus años mozos, marcados por los mismos rasgos de la etapa anterior. Es un amante de la vida como lo demuestra el hecho de que en 1764 viaje de Madrid a Zaragoza para no perderse la inauguración de la plaza de toros, durante las fiestas del Pilar o las tertulias que organizaba con sus amigos en el café zaragozano de Carmen Montano.

con la que les vería un chaval que no sabe quién son. Es en este entorno cortesano en el que los más pequeños ofrecen un contrapunto aún más acusado con los mayores de lo que lo hacían los niños de los cartones. Aquí son tratados con una dulzura que raya la adoración. Su gesto amable, sus dulces sonrisas son capaces de robar la atención de todo el cuadro. La luz brillante de sus ojos y la escasa, aunque bien aprovechada, libertad de sus movimientos dotan a los lienzos de un aire fresco y diferente de una humanidad de la que carecen las figuras adultas y que convierten las piezas en obras maestras de una realidad que supera la del mero retrato oficial.

Son niños que se salen de lo habitual, niños que van a ser reyes o duques pero que en ese momento se vinculan a los niños de los cartones; juntos forman un universo aparte al que sólo unos pocos privilegiados como Goya pueden tener acceso. Así, del mismo modo

que el niño que se ha subido a la baranda, en «La familia del infante don Luis», la que será condesa de Chinchón, se desmarca del resto del grupo, observando con curiosidad a Goya y a nosotros mismos. Lo mismo sucede con «La familia de Carlos IV», en la que la ternura que reflejan los niños y la sonrisa y expresión angelical del bebé roban la mirada de los espectadores, sirviendo de contrapunto humano a la composición solemne del resto del grupo. Esta dulzura infantil alcanza sus máximas cotas en el retrato de «La familia de los duques de Oruña», a la que le ligaba una amistad personal.

NIÑOS DE GOYA



Esta sensación de familiaridad que se consigue no sólo con los niños sino también con los complementos que les rodean es una constante en la pintura del maestro como podemos apreciar en el retrato de Vicente Osorio de Mosco o de la futura duquesa de Alba aún niña. En ellos la actitud adulta y arrogante de los personajes se ve contrastada por la apreciación de sendos perrillos que parecen puestos para descubrirnos que tras la pose para el cuadro se esconde el verdadero alma de juego, aquel que cuando acabe la pintura volverá a sus travessuras. La misma sensación nos asalta

al ver muchos de sus retratos oficiales a niños.

Goya no sólo admiró la infancia sino todo lo que significa de locura fresca e imaginación tal y como reflejan cartones de adultos como «La gallinita ciega». Esta fascinación por lo que en todos queda de niños la vemos cuando, saltándose el protocolo, pinta a la duquesa de Alba molestando a su ama; la similitud con otro cuadro en el que los niños Tomás de Berganza y María de la Luz aparecen tirando de la falda a la misma anciana nos indica que el pintor está equiparándola con los anteriores.

en la pintura. Goya atrapa la vitalidad, la alegría, la inocencia y la crueldad que la infancia lleva implícita y las refleja con maestría en sus obras. Sin embargo, los acontecimientos sociales y personales que se suceden llevarán a su paleta el terror más escalofriante. Su nieto, Marianico, le ayudará a recobrar la ternura.



Marianico devuelve el color a su paleta

Hacia el final de su vida, cuando ya lleva mucho visto y vivido a sus espaldas, este aragonés tenaz y escaradrón viaja a Burdeos, según Moratin «sordo, viejo y sin saber una palabra de francés, pero también tan contento y deseoso de ver el mundo... en calidad de joven alumno». El hombre trabajado y curtido aún conserva dentro de sí la frescura y la ironía que adquirió en su primera infancia como podemos apreciar en «Aún aprendo» donde aparece un anciano sobre muletas, probablemente un retrato de como él se veía: viejo y débil pero manteniendo aún una curiosidad infinita y una sorna digna de mención.

Es entonces cuando aparece el que parece el niño más importante de su vida, su nieto Marianico. A él le dedicará los cuadros más tiernos y bellos que se pudieran imaginar. Con él llega a la máxima expresión de amor por los pequeños, pintándole con tal frescura, suavidad y dulzura que nadie diría que quien lo ha pintado ha podido llegar a ver dolor e injusticias o a sufrir alguna vez. Sus retratos son a juicio de muchos los más bellos que jamás se hayan podido pintar. Es el Goya de la alegría de vivir el que coge el pincel, un Goya que nunca desaparece, el que se rie de su propia sombra y el que sabe que el principio y el fin son sólo dos cereas de la misma raíz.

Los niños de Goya que reflejan alegría e inocencia, como este retrato «Manuel Osorio», se van tornando en figuras esqueléticas sobre las que acechan miles de peligros. Muestra de ello es el cuadro «Aquellarre». Sólo su nieto Marianico conseguirá devolver la ternura y el color a la paleta del genial pintor

De la alegría al dolor más íntimo y terrible

De la misma manera que Goya reflejó la alegría y el optimismo a través de sus cuadros de niños, pintará más tarde el dolor y la desolación cuando comienzan a correr vientos turbios para España. Un carácter como el suyo no puede por menos que rebelarse y confrontarlos. Las desgracias de un país cuyo lado oscuro no parece tener fin marcan arrugas de dolor en la mente y los lienzos del artista. Eso y su precario estado de salud, es lo que le lleva a aislarse del mundo al que sólo va a mirar a través de la huella que éste deja en su interior.

Los colores desaparecen de su mente y de su paleta. Ahora pinta niños mutilados, asesinados, esqueléticos, sin presente ni futuro, sin oportunidad, niños que desaparecen antes de poder crecer son imágenes en las que se recrean los cuadros una y otra vez, sobrecogiendo a quién los ve.

Hay quien afirma, no sin razón, que este cambio de perspectiva de Goya no se debe tan sólo a una visión política o intelectual de la vida, sino a circunstancias personales ya que, tan sólo uno de los

siete hijos que bautizó llegó a sobrevivir.

Sobre los niños indefensos pende una constante amenaza, ya estén estos vivos o muertos, por parte de seres monstruosos que pretenden chuparles hasta la última gota de su energía vital. Son los niños cadavéricos que encontramos en «El macho cabrío», donde una mujer tiende al macho el fúnelico cuerpo de un infante al que alguien parece haberle succionado la sangre. Al lado reposa el cadáver de otro niño. También en «El encantamiento» encontramos el mismo tipo de ofrenda macabra. Las paredes de la Quinta del Sordo son los testigos de una de las escenas más espeluznantes que se puedan imaginar. La antropofagia llega a su límite en este cuadro en el que Saturno aparece devorando a su propio hijo; el tema mitológico queda relegado a un segundo plano cuando nos preguntamos por la identidad de un infante, quizá uno de sus hijos muertos; quizá uno de los hijos de España que no ha conseguido sobrevivir.

Tampoco los niños que aparecen en «Los Caprichos» corren

mejor suerte. En «Se rompió el cántaro», un niño es castigado por una madre que es presentada de manera casi monstruosa, con una mano amenazadora. El castigo, desproporcionado para la insignificante diablura pone de manifiesto la repulsa del hombre ilustrado hacia el castigo físico en los niños, así como la mirada crítica del pintor sobre el entorno en que aparecen los personajes, de pobreza e incultura. Esta misma circunstancia la encontramos en «Madre con niño deforme», donde el bebé esta vez es maltratado por la propia naturaleza. El pintor sin embargo, lo retrata con la expresión de la dulzura en su rostro haciendo olvidar cualquier posible defecto que pudiera tener frente a la postura de los adultos que lo observan con curiosidad, ignorante. Goya está resumiendo en estas dos simples escenas la cruda realidad de un sector del país arrastrado al fango por la falta de cultura. «Qué necesidad dar los destinos en la niñez», nos dice el pintor, y todo ello con la imprevisible presencia de quien siempre supo llegar a sus sentimientos más profundos: los niños.